

jimos, porque esto es anticristiano y constituye una especie de homicidio, ó cuando menos tendencia á él, lo cual es cosa grave que mata al alma y la hace merecedora de eterna muerte. Ved aquí por qué el Apóstol San Juan añade á continuación: «Cualquiera que aborrece á su hermano es homicida, y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna que permanezca en sí mismo.»—*Non habet vitam aeternam in semetipso manentem.* (Verso 15.)

Esto quiere decir, que todo el que aborrece de corazón á su hermano es ya homicida en su ánimo; porque la disposición que tiene interiormente es de quitarle la vida; y claro es que el reo de homicidio, mientras no se arrepienta y enmiende, no puede entrar en el cielo, que es la mansión del amor, de la inocencia y de la santidad verdadera.

Oid ahora el precioso comentario que el grande Agustino hace de las palabras bíblicas que acabo de citar. «No hay que consultar—dice—á nadie para saber si nuestra alma ha pasado de la muerte del pecado á la vida de la gracia; basta que preguntemos á nuestro propio corazón. ¿Encuentras, oh cristiano, que amas á tu prójimo como á ti mismo por amor de Dios? Pues bien puedes afirmar que tu alma se halla en buen estado, y que has salido de la región de la muerte eterna para entrar en la vida perdurable. Es verdad—añade el Santo—que en ti nada aparecerá aun de la gloria que acompaña á los bienaventurados; pero si ahora no aparece, ya aparecerá cuando venga el Señor á juzgar á los vivos y á los muertos. El justo en esta vida es como los árboles en el invierno, están vivos en sus raíces, aunque sus ramas en el exterior aparezcan secas y muertas. El germen de gloria existe oculto en el corazón del justo, como las hojas y los frutos del árbol se hallan ocultos en su corteza; pero ya vendrá el estío y aparecerá todo por de fuera (1).»

Notemos bien, amados míos, cuál es la vida á que pasa el que ama según Dios á su prójimo. Primeramente pasa á la vida de la gracia santificante, haciéndose, por lo tanto, objeto de las complacencias del Señor, y quedando enriquecido con los dones del Espíritu Santo, y con el Espíritu Santo mismo, y hecho participe de la naturaleza divina. Y en segundo lugar, posee el derecho á pasar á la vida de la gloria, ó sea, á las mansiones de los bienaventurados, donde le está reservada corona de gloria y felicidad sin fin.

¡Qué recompensa! Ea, pues, carísimos hermanos; apliquémonos

(1) Intus est medulla quae viget, intus sunt folia arborum, intus fructus, sed aestatem expectant. (S. Agust., Tract. 5 in Epíst. I Joann.)

con todo empeño á amar de todo corazón á todos nuestros prójimos, aun á los malos; porque si ellos no lo merecen, Dios, que desea su salvación y que murió por ellos, bien lo merece. Dios quiere que los amemos, Dios lo manda, Dios ha hecho de este amor su principal precepto, Dios considera como hecho á sí mismo lo que hagamos por nuestros semejantes, Dios ha prometido galardonarlo cumplidamente en el cielo. ¿Quién, aunque no sea más que por interés propio, no se anima á amar y á favorecer á todos nuestros hermanos por amor de Dios? Es verdad que la naturaleza encontrará á veces resistencia, pero haya fe y pronto quedará vencida con la gracia; y si la grandeza del premio, que es la gloria, no nos mueve lo bastante para amarlos, consideremos el daño infinito que nos causará el no hacerlo, pues según hemos declarado en nuestra Epístola, todo el que no ame al modo dicho, *permanecerá en la muerte.*—*Qui non diligit manet in morte.*

Concluyo, pues, amados míos, exhortándoos con todo mi corazón á la práctica de esta hermosa virtud; alejad de vuestro espíritu todo cuanto pueda haceros aborrecer á vuestros hermanos; recordad todo cuanto haya en ellos que pueda hacéroslos amables; multiplicad los favores y los actos de caridad para con ellos, cuando veáis que ellos se ensañan en hacer actos de hostilidad con vosotros; pedid fervorosamente al Señor que os inspire los sentimientos de caridad que El os manda, y estad seguros que estas prácticas cristianas serán un medio eficacísimo para sacar al amor fraternal triunfante de todos los obstáculos que encuentre, y también para afianzar, cuanto es posible en la tierra, vuestra eterna bienaventuranza en el cielo. Amén.

## HOMILÍA 2.<sup>a</sup>

### Para el domingo segundo después de Pentecostés.

#### Señales para conocer el amor de Dios.



**A**MADOS hermanos míos: El mundo ciego y loco aborrece de muerte á los fieles cristianos que cumplen los deberes de su Religión sacrosanta, porque éstos son como espejos purísimos que ponen de relieve la enormidad de las injusticias é iniqui-

quidades mundanas. Los hombres malos quisieran que todos fueran como ellos, y por eso *odian á los buenos*, que viven en santidad y justicia; y los buenos, por el contrario, haciendo violencia á su naturaleza y obrando según la gracia, *aman á los mismos malos*, y los favorecen cuanto pueden para que se arrepientan y logren su conversión y eterna felicidad. En esto, dice la Epístola de la Misa de hoy, se conocen y distinguen los hijos de Dios de los hijos del diablo; y después para alentar á las almas buenas, añade que los que aman á sus hermanos tendrán vida eterna, así como los que aborrecen á sus prójimos, caerán en eterna muerte, porque son verdaderos homicidas.— *Qui non diligit, manet in morte.* (Joannis, III, 14.)

Pues bien; sentadas estas verdades fundamentales, se pregunta: ¿En qué conoceremos nosotros que realmente amamos á nuestros prójimos y que podemos tener certeza moral bien fundada de que nos hallamos en estado de gracia, y por consecuencia, con derecho á ser ciudadanos del cielo? Nuestra Epístola lo declara brevemente, diciendo:

«*Hermanos: En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que puso El su vida por nosotros, y nosotros debemos poner nuestra vida por nuestros hermanos. El que tuviere riquezas de este mundo, y viere á su hermano tener necesidad, y le cerrare las entrañas, ¿cómo está la caridad de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad.*» (I Joann., III, 16 á 18.)

Tales son, amados míos, las señales que nos da San Juan, y que yo intento explicaros ahora, á saber:

- 1.<sup>a</sup> Estar dispuestos á morir por la salvación del prójimo.
- 2.<sup>a</sup> Prestarle ayuda en sus necesidades.

#### PUNTO 1.º

##### DAR LA VIDA POR LA SALVACIÓN DEL PRÓJIMO

No hay señal más cierta para conocer el amor que el sacrificio hecho en obsequio del amado, pudiendo afirmarse que á mayor sacrificio corresponde mayor amor; y como dar la vida es lo más grande que puede hacer un hombre en obsequio de otro, síguese por deducción lógica que quien esté pronto á morir, si fuere necesario, por la salud espiritual de sus semejantes, ese tiene en su corazón el mayor de los amores, y haciéndolo por Dios no cabe duda

que es el mayor acto de la caridad divina. Ved aquí por qué nos dice hoy nuestra Epístola: «*En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que puso El su vida por nosotros.*» (Verso 16.)

Pues bien; todo el que quiera saber si en su corazón se halla la caridad divina, y, por consiguiente, que está en gracia de Dios, que ha sido trasladado de la vida á la muerte, y que el cielo le pertenece por herencia, consulte á su propio corazón y vea si está dispuesto á dar su vida propia por la salvación de sus prójimos. El que halle en sí mismo estas hermosas disposiciones, bien puede afirmar que está en caridad, que él está en Dios y Dios en él, porque el celo llena el corazón de amor, ó más bien, el celo es el mismo amor de Dios, que por eso hubo de decir San Ambrosio: «*El celo es la caridad.*» (In Psal. CXVIII.)

Este es el razonamiento que San Juan hace hoy en nuestra Epístola, y para que todos procuremos elevarnos á este dichoso estado de perfección en la caridad, añade estas hermosas palabras: «*Nosotros debemos poner nuestra vida por nuestros hermanos.*» (Verso 16.) ¡Qué encargo! Paréceme, amados míos, veros como asombrados al tener que cumplirle, y que alguno de vosotros dirá en su interior: «No puede ser; esto es muy duro. ¿Cómo es posible que yo pueda dar mi vida por mis semejantes?» ¿Cómo? Con la gracia de Dios, pues todo lo podemos en Aquel que nos conforta. Dios nuestro Señor que lo manda, El nos dará fortaleza para llevarlo á cabo. Y que lo manda no cabe la menor duda, pues aparte de las palabras citadas de San Juan, tenemos las de Nuestro Señor Jesucristo, quien, en su Sagrado Evangelio, dice así: «Como el Padre me amó, así también yo os he amado... Este es mi mandamiento: que os améis los unos á los otros, así como yo os amé.» (*Hoc est preceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos.*—Joann., XV, 9-12) (1).

Ahora bien, ¿cómo nos amó Jesucristo? Dando su vida corporal por la nuestra espiritual. Jesucristo, siendo hijo único de Dios, y Dios como el Padre, se anonadó por nuestro amor tomando la forma de siervo; es decir, tomando un cuerpo pasible y mortal como el nuestro, y quiso padecer en su humanidad sacratísima por espacio de treinta y tres años, y después de su acerbísima pasión, dió su vida por todos nosotros de la manera más cruel é ignominiosa. ¡Qué amor! ¡El justo muere por los pecadores, el inocente por los culpables, el juez por los criminales, Dios por el hombre! (*Ille animam suam pro nobis possuit.*)

(1) Sobre este punto, véase nuestra obra *La vida feliz*, tomo 1.º cap. XVIII, § 3.º, núm. 17.

¡Y como si no fuera bastante haberlo realizado una vez en la cruz, la misma vehemencia de su amor le llevó al exceso de repetirlo sin cesar en nuestros altares, en el Sacramento eucarístico, todos los días hasta la consumación de los siglos! ¿Quién podrá comprender ni imaginarse el amor inmenso que Jesús nos tuvo?

Así, pues, cuando San Juan, en la Epístola de este día, dice que Cristo nuestro Señor dió su vida por la nuestra, es como si nos dijera: «Reparad bien, oh cristianos, la fineza del amor de Jesús para con los hombres; no bastó á su corazón amante padecer y morir en la cruz por nosotros, sino que para perpetuar la memoria de su amor, quiso obrar un prodigio más dulce é inefable, quedándose sacramentado y como anonadado en nuestros altares, hasta la consumación de los siglos: quiso instituir un Sacramento augusto en el cual renueva de continuo los milagros de su nacimiento, de su vida y de su muerte; un Sacramento al cual se refieren todos, y en el cual se ostenta á nuestra fe vivo y glorioso lo mismo que está en los cielos; un Sacramento, que contiene su cuerpo, su alma y su divinidad, como escondido bajo las sagradas especies sacramentales, para que podamos alimentarnos de El y recibirle en lo más íntimo de nuestro corazón cuantas veces queramos; un Sacramento, en fin, llamado el Sacramento del amor, porque su amor le inventó, su amor le instituyó, su amor le perpetúa en el mundo, su amor le insta á darse en él á nosotros, y su amor nos invita á que le recibamos y quedemos como endiosados con él. ¡Oh Amor de los amores, cuánto nos amas, y cuánto nos solicitas á que seamos agradecidos y te correspondamos amor con amor! No es maravilla que el discípulo amado levante su voz en nuestra Epístola y diga hoy al mundo entero: «*En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que puso El su vida por nosotros, y nosotros debemos poner nuestra vida por nuestros hermanos.*» (Verso 16.)

Es decir, que el Señor quiere que nosotros ejercitemos la caridad para con nuestros prójimos, de igual manera que él la ejerció con nosotros, dándose en esto por bien pagado y como si lo hiciéramos con su misma adorable persona. Pero sigamos con nuestra Epístola, que ella nos determina la manera de cumplir este deber tan sagrado.

## PUNTO 2.º

## DE LA AYUDA QUE HEMOS DE DAR Á NUESTROS PRÓJIMOS

Ya hemos considerado, carísimos hermanos, que Jesucristo dió su vida por nosotros, y que, en cambio, nos exige que demos nuestra vida por la de nuestros prójimos, ó que estemos preparados á darla cuando hubiere verdadera necesidad. Esta es, ciertamente, una señal de que andamos en caridad y que nosotros estamos en Dios y Dios en nosotros; mas comoquiera que el dar la vida corporal por la espiritual de nuestros semejantes, no se ocurre con frecuencia, conténtase el Señor de ordinario con otras obras de caridad menos perfectas, que son los actos de misericordia para con el prójimo, en las necesidades cotidianas de la vida, y por ellos se conoce también si realmente habita el amor de Dios en nuestro corazón.

«*Si alguno—dice la Epístola de hoy—tiene riquezas de este mundo, y viendo á su hermano necesitado, no quiere socorrerle, ¿cómo diremos que mora en su corazón el amor de Dios?*» (Verso 17.) ¿Puede llamarse amor el que viendo al amado en necesidad no se apresura á ayudarle pudiendo y debiendo hacerlo? El que teniendo bienes de fortuna cierra las entrañas al pobre y no le da lo que necesita para remediar su miseria, ¿habrá quien diga que le ama, ni que ama á Dios que manda socorrerle? ¡Oh! Es innegable que quien esto haga, ni ama á Dios, ni ama al prójimo, ni cumple los Mandamientos divinos, ni puede afirmar que anda en caridad. Al rico de entrañas duras para con el pobre podrá parecerle que va bien y que sigue el camino del cielo, mas en realidad se engaña, y sólo puede esperar del divino Juez aquella terrible sentencia: «*Id, malditos, al fuego eterno.*»—*Ite, maledicti, in ignem aeternum.*

«*Por tanto, hijos míos—añade San Juan—no amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad.*» (Verso 18.) Lo cual es como si el Apóstol dijera: «Hijos míos queridísimos: si vosotros no estáis todavía tan adelantados en la caridad que os halléis dispuestos á dar vuestra vida por la de vuestros semejantes, á lo menos no seáis tan duros de corazón que le neguéis lo que ha menester para vivir, si de algún modo podéis socorrerle; porque si permanecéis insensibles en sus necesidades y no os movéis á remediarle con lo que os es superfluo, ¿cuánto más distantes estaréis de dar por él

vuestra vida si fuese necesario? Y si esto no hacéis, ¿cómo esperáis salvaros?

Y nadie diga: yo no puedo socorrer al prójimo, porque, amados míos, la misericordia, que es la compasión del necesitado, no se saca de la bolsa, sino del corazón; si no puedes ¡oh pobre! dar dinero, puedes manifestar la necesidad á quien lo tenga, puedes dar palabras de consuelo, puedes mostrarte cariñoso y afable con el pobre entristecido. ¡Cuán ingeniosa es la caridad para aliviar las miserias del indigente!

No olvidemos, pues, la conclusión de nuestra Epístola, pues ella es como la síntesis de las entrañas caritativas de San Juan, discípulo del amor, que mereció el nombre de «*Apóstol de la Caridad*».—Hijitos míos—decía continuamente á sus discípulos:—«*Amaos los unos á los otros, porque este es el precepto del Señor, y si le cumpliereis bien, esto solo basta.*» (*Praeceptum Domini est, et si solum fiat sufficit.*) «*Hijitos míos, no amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad.*» Es decir, no amemos solamente de palabra, ni solamente con la lengua, sino con las obras y con sinceridad de corazón.

Amemos, pues, con plenitud; *de palabra*, diciendo de nuestros prójimos todo lo bueno que de ellos sepamos; amemos *con la lengua* intercediendo por ellos con fervientes ruegos; pero amemos también *con las obras* de misericordia y de caridad, pues por ellas conoceremos la sinceridad de nuestro amor: amemos *de verdad*, esto es, de lo íntimo de nuestro corazón, no por aparecer caritativos y cobrar fama de tales, sino por amor de Dios, por aliviar al necesitado, y porque en todo sea servido y glorificado Dios Nuestro Señor. Amémonos verdaderamente los unos á los otros, porque así lo exige la ley de la caridad, porque es la señal para conocer si en realidad estamos en gracia de Dios, pues ya lo dice nuestra Epístola, *el que no ama, permanece en la muerte. En esto—añade—hemos conocido el amor de Dios, en que dió su vida por nosotros; y así nosotros debemos también dar nuestra vida por la salvación de nuestros hermanos.*

Por último, *Filioli mei, hijitos míos, no amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad*; pues haciendo esto, lo hemos hecho todo, y Dios nuestro Señor, por su infinita misericordia, nos dará la eterna recompensa en las inefables mansiones de los cielos. Amén.

## HOMILÍA 1.<sup>a</sup>

### Para el Domingo III después de Pentecostés.

#### Disposiciones para ser perfectos cristianos.

**H**ERMANOS míos amadísimos: El santo y glorioso Apóstol San Pedro, en la primera de sus cartas, capítulo VI, propónese declarar á todos los fieles de Cristo las cuatro disposiciones principales que deben tener en su espíritu para ser buenos y perfectos cristianos, á saber: *la humildad de corazón, la confianza en Dios, la vigilancia sobre sí mismos y la fortaleza contra los enemigos de nuestra alma.* Todo ello lo expresa en las brevisimas palabras de la Epístola de este día. Dice así:

«*Hermanos, humillaos bajo la mano poderosa de Dios para que os ensalce en el día de su venida, echando sobre El todos vuestros cuidados, porque El tiene providencia con vosotros. Sed sobrios y velad; porque el diablo, vuestro adversario, anda como león rujiente alrededor de vosotros, buscando á quién devorar. Resistidle fuertes en la fe, sabiendo que vuestros hermanos, esparcidos por el mundo, sufren la misma tribulación. Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó en Jesucristo á su eterna gloria, después que hayáis padecido un poco, El os perfeccionará, fortificará y consolidará. A El sea la gloria y el imperio en los siglos de los siglos. Amén.*» (I Petr., V, 6 á 11.)

Hasta aquí, carísimos hermanos, llegan las palabras del Príncipe de los Apóstoles, y como ellas encierran tan profundas enseñanzas prácticas para la vida espiritual, necesario es que nos detengamos algo en su explicación, y al efecto, me concretaré en este día á explanar sus dos primeros encargos, á saber:

- 1.º Que hemos de vivir humillados ante Dios.
- 2.º Que hemos de tener en Dios gran confianza.